

LA PROVINCIA FARAÓNICA

Víctor Meza

Desde hace algunos días, el gobierno cree haberse anotado un tanto muy importante en su gestión administrativa: colocar a Honduras en el famoso libro de marcas Guinness, por haber montado el llamado “árbol humano” más grande del mundo. ¡Vaya proeza!

Durante unos cuantos minutos, casi tres mil compatriotas reunidos ordenadamente en la denominada Plaza Democracia, luciendo camisetas de variados colores, dieron forma a la silueta de un gigantesco árbol navideño, ante los ojos extasiados del gobernante y sus cercanos colaboradores. Un espectáculo digno de ver, oscilante entre lo sublime y lo ridículo, como dijo Napoleón Bonaparte al regresar a Paris con los despojos de su ejército vencido.

La mente provinciana tiene de vez en cuando destellos faraónicos y se reviste de un manto de mesianismo rural que, víctima del pensamiento ilusorio, confunde la grandeza con el simple espectáculo. El provinciano sucumbe ante el afán de grandiosidad y, cegado por el momentáneo destello, combina la tragedia con la comedia. Resulta tragicómico.

Muchos se enojan porque se sienten burlados, menospreciados en su inteligencia; otros se ríen y celebran burlescamente las gracejadas del régimen. Pero hay quienes ven más allá y descubren los hilos de la manipulación política, la escondida intención de distraer a la gente, desviándola en lo posible de sus preocupaciones válidas y cotidianas.

Perder tiempo y recursos en montar espectáculos colindantes con la cursilería, en un país tan lleno de problemas y angustiado por la inseguridad y la violencia reinantes, es, en el mejor de los casos, un acto de irresponsabilidad cuando no una grosera y repudiable tomadura de pelo. El país no está para esas bromas de mal gusto ni para ese derroche lamentable de recursos.

Gobernar es - debe ser - un acto de elevada responsabilidad, tanto personal como institucional. Del gobernante se espera una conducta de estadista, un comportamiento digno, a la altura de sus obligaciones frente al país y la nación entera. Pero cuando el gobernante convierte en práctica diaria el ejercicio de sus obsesiones provincianas y

la búsqueda de sus sueños mesiánicos, el arte de gobernar se convierte en su contrario y se vuelve una cuestionable costumbre de mandar. El jefe ordena pero no gobierna, impone sus caprichos pero no administra el Estado, manda pero no conduce.

Y si por desgracia cree, además, que todo lo que hace y dispone es en beneficio de la patria para construir una Honduras mejor, poco le faltará para considerarse una especie de héroe nacional. Y, ya se sabe, no hay héroe más peligroso y patético que aquel que sabe que no lo es.

La visión rural desde la provincia, lejos, muy lejos de cualquier percepción cosmopolita de la vida, nos conduce con frecuencia a un aislacionismo mental, que puede ser tan engañoso como desconsolador. Miramos el mundo desde el campanario pueblerino, con la espesura viscosa del talento municipal. No importa si ya hemos salido de estas honduras y recorrido algunos países del mundo. Tampoco importa si hemos cursado estudios en universidades de la metrópoli. La cárcel mental de la provincia nos mantiene atrapados y encerrados en la burbuja ilusoria del paraíso natal.

Siempre recuerdo el desconcierto de algunos compatriotas, compañeros míos en una universidad que era como un pequeño planeta, con más de cinco mil jóvenes de todos los continentes dispersados por las aulas, hablando en decenas de idiomas diferentes, con prácticas culturales tan diversas como sorprendentes. Atrapados en la nostalgia por la lejana provincia, esos compatriotas eran incapaces de captar el significado de aquella inmensa riqueza cultural que los rodeaba y ponía a su alcance los más variados y maravillosos conocimientos y destrezas. Se refugiaban en la exaltación ingenua de los valores, supuestos o reales, de la añorada campiña local, magnificando siempre las bellezas y virtudes, reales o supuestas, de la patria lejana. La obsesión provinciana los llevaba hasta los bordes mismos del ridículo.

Hoy, viendo el espectáculo del “árbol humano” más grande del mundo, seguramente algunos de aquellos compatriotas verán recompensadas con creces sus ingenuas ilusiones de entonces y revivirán, aunque sea por unos pocos minutos, el placer de sentirse de nuevo en la provincia, aplaudiendo los sueños faraónicos y mesiánicos de sus patéticos gobernantes.